



EL DESARROLLO: LA HISTORIA DE UN CONCEPTO FUNDAMENTAL (O FUNDAMENTALISTA)

Nicholas Risdell

Escuela de Psicología UMSNH
nmrisdell@hotmail.com

En la capacidad nuestra y de nuestros hijos está la posibilidad de adquirir en el futuro una capacidad técnica que nos permita figurar entre los países desarrollados del mundo.

Ernesto Guevara, 22 de octubre de 1964.

Desde la perspectiva del Desarrollo que proporcionan las variables convencionales, la calidad de vida y el bienestar se contemplan exclusivamente como si fueran una expresión lineal de la cantidad producida en la órbita monetaria. (...) Se llegaría -y de hecho se llega- al extremo paradójico de que el estrés, la inestabilidad psicológica, la infelicidad, la destrucción de la vida o la riqueza, en suma, contribuyan decisivamente al crecimiento económico. (...) Como decía R. Garaudy: el crecimiento económico es el dios oculto de nuestras sociedades. Y se trata de un dios cruel: exige sacrificios humanos.

J. Torres, 1994.

Nos distanciamos de quienes aseguran que sólo es posible el desarrollo y el bienestar aplicando las fórmulas y las recetas del mercado multinacional global. El deterioro de las condiciones de vida y la creciente pobreza e inseguridad de los pueblos es evidencia de lo contrario. Como pueblos indígenas reconocemos en estas promesas la versión actualizada de la vieja estrategia de exterminio y dominación que vienen aplicando desde la conquista.

Extracto de "Minga por la vida, la justicia, la alegría, la autonomía y la libertad", del movimiento indígena en Colombia, 2004.

En este ensayo intentaremos acercarnos a un concepto fundamental para entender la época en que vivimos. Las dificultades para hablar del desarrollo empiezan con la palabra misma. Su aplicación en distintas áreas del conocimiento y de distintas maneras nos puede llevar a una gran confusión. Sin embargo, el concepto de desarrollo siempre implica una idea de crecimiento desde dentro. Si pensamos en términos biológicos y hablamos del desarrollo del niño, una planta o cualquier organismo vivo estamos hablando de un proceso intrínseco al ser. Todo organismo crece conforme pasa el tiempo y recibe los insumos necesarios para vivir, para "desarrollarse": sol, vitaminas, agua, cariño. En este ensayo estaremos hablando del desarrollo entendido como un proceso socio-económico (y por definición político). El hecho de que se aplica la misma palabra "desarrollo" para hablar de un proceso de cambio social y económico sugiere que también aquí se percibe el proceso como algo orgánico, "natural" e implícito en la historia humana. El desarrollo sucede porque tiene que suceder. Esta percepción del desarrollo como algo inevitable, y de todos modos deseable, impregna nuestra forma de ser y nuestra forma de actuar. La característica central de desarrollo como crecimiento se encuentra en las distintas escuelas de pensamiento sobre el desarrollo, y las distintas teorías del desarrollo; las teorías clásicas, basadas en el crecimiento económico, las teorías estructuralistas y de la dependencia, e inclusive a mi parecer

en las posteriores teorías de desarrollo humano, desarrollo sostenible, etc. Este trabajo intentará repasar estas ideas y dar cuenta de cómo se han articulado y han logrado cierta hegemonía en la segunda mitad del siglo XX. Luego veremos cómo esta hegemonía ha sido cuestionada y criticada en las últimas décadas por académicos y distintos actores sociales (especialmente los movimientos sociales). Finalmente, intentaremos sugerir caminos para poder salir de la trampa actual en que nos encontramos al considerar que a "más desarrollo mayor bienestar".

Los elementos centrales que conforman el núcleo del discurso del desarrollo han estado presentes desde hace varios siglos. La idea de occidente como fuente de todo progreso técnico y moral ya estaba presente como justificación para la colonización de América, y posteriormente para el resto del globo por parte de las potencias europeas. Un pensamiento racionalista y secular se hizo omnipotente en el siglo XIX percibiendo el aparente "éxito" de occidente como resultado de sus avances científicos mezclado con una buena dosis de teorías racistas. Las demás culturas del mundo, en contraste, eran "atrasadas" o "primitivas" y de alguna manera se asemejaban con el propio pasado de occidente. Encontramos estas ideas por ejemplo en los trabajos de Marx sobre los modos de producción pre-capitalistas. Pero muchos autores señalan el final de la Segunda Guerra Mundial como el momento clave en que el gran discurso del desarrollo se formula y se



extiende en el lenguaje político internacional formando una máquina institucional que en gran medida sigue funcionando hasta la fecha. Concretamente, se señala el discurso del presidente estadounidense Harry Truman del 20 de enero de 1949 como el momento del lanzamiento de un nuevo lenguaje para las relaciones internacionales. Vale la pena citar una parte de este discurso para ver cómo se plasman muchos de los conceptos básicos que aunque modificados posteriormente siguen activos en el mundo de hoy, en la práctica institucional y en el imaginario popular:

"Más de la mitad de la población mundial está viviendo en condiciones próximas a la miseria. Su alimentación es inadecuada, son víctimas de la desnutrición. Su vida económica es primitiva y miserable. Su pobreza es un hándicap y una amenaza, tanto para ellos como para las regiones más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la técnica para aliviar el sufrimiento de esas poblaciones. Estados Unidos ocupa un lugar preeminente entre las naciones en cuanto al desarrollo de las técnicas industriales y científicas. Los recursos materiales que podemos permitirnos utilizar para asistir a otros países son limitados. Pero nuestros recursos en conocimiento técnico -que, físicamente, no pesan nada- no dejan de crecer y son inagotables. Yo creo que debemos poner a la disposición de los pueblos pacíficos los beneficios de nuestra acumulación de conocimiento técnico con el propósito de ayudarles a satisfacer sus aspiraciones a una vida mejor (...). Lo que estoy contemplando es un programa de desarrollo basado en los conceptos de una negociación equitativa y democrática. Todos los países, incluido el nuestro, obtendrán un gran provecho de un programa constructivo que permitirá utilizar mejor los recursos humanos y naturales del planeta (...). Una mayor producción es la clave para la prosperidad y la paz. Y la clave para una mayor producción es una aplicación más extensa y más vigorosa del conocimiento técnico y de la ciencia moderna" (reproducido por Viola, 2000, p. 14).

En estas palabras encontramos todos los ingredientes para lo que sería la filosofía dominante del desarrollo en las siguientes décadas. Aquí nace la dicotomía de países desarrollados/ países subdesarrollados. Las poblaciones de los segundos se encuentran en su situación de miseria debido a su propia falta de iniciativa y por culpa de obstáculos culturales que no permiten un mayor progreso. Está la insinuación de que en estas regiones nunca se ha conocido el bienestar o la prosperidad. Destaca por su ausencia, la idea de que el "encuentro" con el sujeto colonizador podría haber tenido un impacto negativo en esas regiones.

La fe ciega en las posibilidades ofrecidas por la ciencia y la técnica para resolverlo todo, y la conclusión de que el máximo objetivo de la humanidad es producir más. No se menciona lo que hay que producir, ni en qué condiciones, ni cómo distribuir los beneficios. Dado el contexto de la Guerra Fría, también vemos cómo se liga la ayuda a condiciones políticas (cuando menciona "los pueblos pacíficos" es decir, aquellos que no intentan poner en marcha programas socialistas). Todos estos elementos impregnarán el discurso y trabajo de los programas internacionales de desarrollo en las décadas posteriores.

La primera teoría empleada para explicar el fenómeno del desarrollo y para señalar el camino a seguir sería lo que hoy llamamos la teoría de la modernización. Partiendo de la experiencia de los primeros países en industrializarse (especialmente Inglaterra) trata de explicar cómo fue posible esta transformación y todos los factores que contribuyeron a ella. Empieza con la premisa de que estos países son en alguna manera "la vanguardia" y que todos los demás están destinados a seguir su ejemplo. Lleva implícita la idea de que únicamente a través de este camino las sociedades pueden satisfacer sus necesidades y encontrar la felicidad. Ciertos factores son considerados esenciales en este proceso: la acumulación de capital para invertir en la industria incipiente, la formación de una clase burguesa y empresaria, un cierto nivel de protección mientras las industrias se establecen, una correspondiente transformación de la agricultura produciendo una migración a las ciudades, creando así una fuerza laboral dispuesta a trabajar en la industria, inversión



«El estudio de Caballos y Joc» Gustave Moreau



en infraestructura considerada necesaria para las empresas (carreteras, puertos, aeropuertos etc.), mejoras en los sistemas de educación y salud (en la medida en que la producción lo requiera) y finalmente un sistema que podría implementar lo anterior. Esto sería lo que podemos ver como "el paquete de la modernización". Según esta teoría si un país adoptaba el paquete, con el paso del tiempo (nunca especificado) llegaría a un nivel de desarrollo y bienestar parecido al de los países industrializados. Así, durante la década de los cincuenta se escribieron miles de libros teóricos y técnicos para explicar este proceso, llegando a una cierta hegemonía del pensamiento en el mundo. En este sentido quizás lo único que distinguía a los países socialistas era su concepción del sistema político considerado necesario para llevar a cabo el proceso (partido único en lugar de democracia representativa y un mayor énfasis en el rol del estado).

La meta seguía siendo la misma: crecimiento económico a través de un proceso de rápida industrialización. Quizás la obra teórica que mejor sintetiza el pensamiento de esa época es *Las etapas del crecimiento económico* de W. W. Rostov (1960). Dicho autor explica el proceso de modernización (progreso tecnológico más cambio institucional) como una serie de etapas por las cuales toda sociedad tiene que atravesar para finalmente llegar a la tierra prometida: "la etapa de consumo de masas". Es una visión determinista y optimista del mundo, toda sociedad recorre el mismo camino, sólo que en este momento se encuentran en diferentes puntos del mismo.

No tardaron mucho en aparecer las primeras críticas de esta visión a-histórica del mundo. Desde la década de los 50's empezaron a salir autores, principalmente de América Latina, quienes a grosso modo podemos considerar como estructuralistas. Se llegó a conformar lo que conocemos como "el enfoque de la dependencia", de enorme influencia durante muchos años. Este enfoque podría estar dividido entre los "dependentistas" convencionales y los "dependentistas" marxistas. Existe una enorme literatura de estos autores y demasiada heterogénea para poder sintetizar todos aquí (ver por ejemplo, Prebisch, 1950; Furtado, 1964; Cardoso, 1965; Sweezy, 1942; Baran, 1957; Dos Santos, 1968; y, Gunder Frank, 1967). En términos generales argumentaron que no son tanto los factores internos los que impiden el desarrollo en los países del Tercer Mundo, sino las relaciones de dependencia que éstos tienen con las potencias occidentales. Enfatizaron que el capitalismo occidental no se desarrolló como un proceso independiente, sino como un producto de

explotación colonialista y el consiguiente empobrecimiento de los países del sur. En lugar de ver a estos países como "esperando para tomar el camino hacia la industrialización y el crecimiento", estos autores perciben su situación actual como resultado del proceso de industrialización en occidente. Es decir, el subdesarrollo es resultado del mismo proceso del desarrollo, no un estadio anterior. Con estos autores aparece la terminología de centro-periferia para señalar la relación entre dos bloques de países (cabe mencionar que los países socialistas de entonces estarían en un esquema aparte). Estas ideas son luego retomadas por autores como Amin (1970), quien hablaba del intercambio desigual entre centro y periferia, donde el segundo transfiere valor al primero permitiendo al capitalismo central seguir acumulando capital y Wallerstein (1969) con su concepto de economía-mundo, en el cual el subdesarrollo se produce como consecuencia de la expansión de la economía capitalista. Ampliando la mirada. Enfoques que van más allá de lo económico.

"Uno no se enamora de una tasa de crecimiento" (Graffiti, Paris, 1968).

Todas las teorías, escuelas y autores mencionados hasta aquí, aunque son muy heterogéneos entre sí, comparten un objetivo común. A pesar de tener muy distintas interpretaciones de los obstáculos al desarrollo y por lo cual a la superación de éstos, todos estarían de acuerdo en que la meta principal es el crecimiento económico. También tienen serias discrepancias sobre qué hacer con este crecimiento para conseguir el bienestar de la población, pero nunca cuestionan el crecimiento en sí. Con la excepción de unas voces aisladas como nuestro graffitero francés, no será sino hasta la década de los setenta para que se formularan nuevas teorías del desarrollo que incluyeran otros factores más allá de lo económico.

Desde la época clásica de las teorías económicas nunca se había tomado demasiado en cuenta el tema del medio ambiente. A veces se hablaba de la dependencia de la economía capitalista hacia las energías no-renovables (petróleo, carbón, etc.) pero siempre se confiaba (¡aún se confía!) en el descubrimiento de nuevas reservas o la capacidad de la ciencia de encontrar alternativas. A partir de la crisis de petróleo a principios de los setenta, el factor medio ambiental empieza a ocupar un lugar privilegiado en las discusiones en turno al desarrollo. Las evidencias de la degradación ambiental como consecuencia directa de la industrialización empiezan a acumularse y a encontrar eco entre el discurso de muchos gobiernos y organismos internacionales.

Problemas como la deforestación, la desertificación, la contaminación del aire, la degradación de la tierra cultivable y la amenaza a la diversidad de especies están atribuidos en gran medida al modelo económico existente y piden acciones urgentes. La publicación del informe del Club de Roma -en los setenta-, incorpora muchas de estas preocupaciones. Vemos el resultado de esto en 1987 cuando aparece el Informe Bruntland. Nace el concepto de desarrollo sostenible. En su esencia éste sigue siendo un paradigma del desarrollo basado en el económico, pero ahora los factores medio-ambientales tienen que estar incluidos en los cálculos. Cualquier proyecto o programa de desarrollo tiene que poder sostenerse sin dejar un daño irreparable al entorno o perjudicar a la siguiente generación. Para poner un ejemplo muy sencillo, un proyecto de manejo forestal permitiría una tala controlada del bosque por parte de la comunidad, pero con el compromiso de que los árboles cortados serían sustituidos por un número igual de árboles nuevos (y respetando la diversidad de especies). El concepto de desarrollo sostenible sigue en auge hasta la fecha. Aunque a veces parece más presente al nivel discursivo que real, ha tenido un impacto real en algunas áreas de la práctica del desarrollo. Por ejemplo, el Banco Mundial actualmente no financia macro proyectos hidrológicos (presas, transvases, etc.), después de recibir una avalancha de críticas durante décadas debido a los catastróficos efectos de éstos en el entorno y la población local. Por otro lado, el uso de la palabra "sostenible", con significados bien distintos en el discurso de los proyectos y programas de desarrollo, puede llevar a cierta confusión para entender su alcance real como teoría. Por ejemplo, muchas veces cuando se habla de la "sostenibilidad" de un proyecto específico no se está refiriendo a su impacto ambiental sino a su capacidad de autofinanciación una vez retirada la ayuda económica de fuera.

La preocupación por el medio ambiente no era el único límite percibido en los paradigmas economicistas del desarrollo. En la década de los setenta empezó un debate entre organizaciones de base y algunas ONGs (Organizaciones No Gubernamentales). Se criticaba los proyectos y programas de desarrollo (de estados y organizaciones internacionales por igual) por ser verticales e impuestos desde arriba. Como los "beneficiarios" no eran tomados en cuenta en la planificación ni en la ejecución de los proyectos, éstos realmente no se beneficiaron de la manera expresada en la propaganda. Muchos estudios identificaron un enorme número de proyectos "fracasados" por completo, o que habían beneficiado a cierto sector social pero no a los más necesitados, llegando en algunos casos a



«Mahoning» Franz Kline

perjudicarles. Creo que podemos identificar dos principales corrientes que salían de este debate aunque en la práctica muchas veces están entrecruzadas.

Primero encontramos un nuevo énfasis en la participación de los beneficiarios. Se crean metodologías participativas que permiten a los beneficiarios opinar o incluso proponer proyectos nuevos para sus comunidades. Vemos el nacimiento de lo que podemos llamar el desarrollo participativo (Tommasoli, 2003). Encontramos el concepto -por ejemplo- en las ideas de Robert Chambers (1983) sobre desarrollo rural y el diagnóstico rural participativo. Igual que el desarrollo sostenible este concepto ha tenido una realización algo irregular en la práctica de desarrollo en los últimos años. Si es cierto que en algunos casos se podría identificar ciertos proyectos donde una participación real de la gente ha conducido a resultados más positivos para estos últimos, en muchos ejemplos se ha mostrado que el elemento participativo es más propagandístico que real. A veces no existen mecanismos eficaces para incluir a los beneficiarios, otras veces se escuchan opiniones para luego descartarlas por completo y en otras ocasiones sólo se invita a los beneficiarios a participar cuando la idea central del proyecto ya está decidida. La otra corriente de pensamiento surgido en los setenta es lo que ha llegado a llamarse el enfoque de las necesidades básicas. En su esencia, esta idea se basa en que el resultado de varias décadas de la política desarrollista en los países del sur puede haber producido industrialización o un crecimiento económico, pero no se han satisfecho las necesidades más elementales de amplios sectores de la población.



A pesar de (o debido a, según muchos) estas políticas no se ha proporcionado vivienda digna, dietas adecuadas, agua limpia, protección a la salud, educación universal y de calidad, o un medio ambiente saludable para las mayorías del campo y la ciudad. La conclusión entonces sería que el desarrollo debería reorientarse hacia estas metas (aunque es bueno recordar en este momento los discursos de los desarrollistas de los años 50's cuyos objetivos manifiestos eran precisamente éstos). El máximo teórico de estas ideas -que luego se plasmaron en la idea de desarrollo humano- es el economista chileno Manfred Max-Neef (1993). Éste distingue entre necesidades humanas fundamentales, que son finitas y universales, y los satisfactores de estas necesidades, que son variables según la cultura y cambiantes históricamente. Identifica en su esquema nueve necesidades que serían: de subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad. Vemos que aquí estamos tratando de un concepto de desarrollo mucho más amplio. Cada necesidad puede ser satisfecha de diferentes maneras, y, un satisfactor puede servir a más que una necesidad: "Valga un ejemplo como ilustración. Cuando una madre le da el pecho a su bebé, a través de ese acto, contribuye a que la criatura reciba satisfacción simultánea para sus necesidades de subsistencia, protección, afecto e identidad. La situación es obviamente distinta si el bebé es alimentado de manera más mecánica" (Max-Neef, 1993, p. 42). El debate sigue a todos niveles, institucional e intelectual sin resolverse del todo. Lo que no está en duda es el poder discursivo de estos conceptos. Si analizamos los documentos de gobiernos nacionales y locales, organismos internacionales como el Banco Mundial o el PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) o de la inmensa mayoría de los ONGs, encontramos una y otra vez los términos: desarrollo sostenible, desarrollo humano, desarrollo participativo o una combinación de los tres repetidos hasta la saciedad. La crítica radical al desarrollo o "el posdesarrollo".

"Desde 1949 y la carrera para alcanzar el PIB más alto, la sociedad se puso el objetivo de elevar su nivel de vida. Que eso sea algo positivo sigue sin cuestionamiento, como el término 'bienestar' lo testifica. La industrialización y la tecnología son medios que, en lo abstracto, podrían servir mal que bien, pero con mayor frecuencia estos medios se convierten en el objetivo mismo. Además, están considerados como la única forma de conseguir aquello que es bueno. Como si antes de la época industrial la civilización no hubiera podido proveer una vida satisfactoria a sus miembros"

(Latouche, 2001, p. 137. Traducción propia). "El desarrollo produjo una manera de ver la vida social como un problema técnico, un asunto de decisiones racionales y gestión que tenía que ser entregado a un grupo de personas -los profesionales del desarrollo- cuyos conocimientos especializados supuestamente los calificaban para esta tarea. En lugar de ver el cambio como un proceso enraizado en la interpretación de la historia de cada sociedad y tradición cultural -como un buen número de intelectuales en varias partes del Tercer Mundo habían intentado en los años 20's y 30's (siendo Gandhi el más conocido de ellos)-, estos profesionales buscaron crear mecanismos y procedimientos para hacer encajar las sociedades en un modelo pre-existente que encarnaba las estructuras y funciones de la modernidad. Como aprendices de hechiceros, los profesionales del desarrollo despertaron una vez más el sueño de la razón que, en sus manos, como en instancias anteriores, produjo una realidad inquietante" (Escobar, 2001, p. 91. Traducción propia).

Para un creciente número de autores y actores sociales, estos conceptos "más humanos" del desarrollo sólo han servido para disfrazar lo que en realidad es el mismo proceso de la época anterior de la modernización. Para éstos, el problema principal ya no es una discusión alrededor de qué modelo de desarrollo se debe adoptar, sino el desarrollo en sí mismo. Sugieren que la solución a los problemas actuales del mundo no vienen por la vía de "más desarrollo" sino "menos desarrollo".

Esta sugerencia tan difícil de aceptar por la mayoría necesita aclararse y hacerse oír. Ya son tantos autores y actores sociales lanzando este mensaje de una manera u otra, que vale la pena reflexionarlo aunque chocha con mucho de nuestro condicionamiento intelectual y lo que podemos considerar sentido común. Quizás la mejor manera de abordar estas nuevas corrientes de pensamiento (y algunas no tan nuevas) sería considerar los efectos del desarrollismo a lo largo de las últimas décadas. Aquí sería necesario contrastar el discurso con lo que podemos observar empíricamente. El discurso de los agentes de desarrollo: agencias internacionales, gobiernos nacionales, ONGs, etc.; a pesar de sus diferencias encuentran un terreno común en sus manifiestos objetivos. Pueden diferenciarse mucho entre ellos -en términos de métodos y enfoques- pero el objetivo final sería para todos una mejora global en el bienestar de la población, entendiendo esto como una elevación de su nivel de vida material, y acompañado con un incremento en el nivel educativo y una mejora en salud.



Goles tan loables serían compartidos por la mayoría. Allí reside el poder del discurso del desarrollo. Promete algo que aparentemente al mundo le falta. Frente a las terribles desigualdades del presente para muchos es "obvio" que el mundo necesita más desarrollo. Aquí es necesario hacer un esfuerzo para invertir el orden de la interpretación. Si consideramos los cinturones de pobreza que rodean las ciudades del Sur (y también del Norte), o bien, la situación desesperante de los campesinos en tantos países, o la discriminación que padecen los pueblos indígenas del mundo entero, debemos considerar la posibilidad que esta situación es una resultante del proyecto desarrollista. En su inmensa mayoría estos pueblos no han vivido aislados del proceso del desarrollo reinante en las últimas décadas. Estamos acostumbrados a la idea de que estos grupos de población han sido excluidos del proceso y por eso necesitan estar incluidos (en grosso modo el argumento de la escuela dependentista o de los neo-marxistas). Pero creemos que a la vez se podría argumentar que su situación es un producto directo del desarrollo. La modernización del campo (un elemento fundamental en el proyecto de modernización) causa una expulsión de campesinos del mundo rural. Éstos se dirigen a las ciudades en busca no tanto de una vida mejor, sino de una manera de sobrevivir (cosa que el modelo no les permite en el campo). Tampoco encuentran una alternativa viable en la ciudad donde la vida se convierte en una lucha diaria sin muchas perspectivas de mejora. Este cambio vivido por millones en tantos países es una parte intrínseca del proceso desarrollista. Para ellos, el discurso del desarrollo resulta un fraude. Sin entrar en la discusión de si su vida fue o no mejor antes, este discurso simplemente no cumplió con sus promesas.

Esta crítica radical del desarrollo como la causante de muchos de los males de hoy (en lugar de ser la solución como sostienen tantos) tampoco es una voz aislada. Hay todo un abanico de autores y colectivos sosteniendo este argumento desde diferentes perspectivas y diferentes partes del mundo. Creo que sería irresponsable no escucharles. Señalaría como posible precursor de muchos de estos autores el trabajo de Ivan Illich. Desde los años 60's este pensador siempre polémico hacía una crítica muy radical de la adopción sin reflexión de instituciones de origen occidental en las sociedades del Tercer Mundo. Demostraba cómo la introducción de sistemas de salud o educación producía por un lado una desarticulación de instituciones y soluciones autóctonas a los problemas de la sociedad (y un creciente desprestigio de éstos), además de una

especie de complejo de inferioridad creado por la brecha permanente entre los aparentes logros de estos países en comparación con los países industrializados. Su análisis del sistema educativo (Illich, 1975) es especialmente iluminador, mostrando cómo las escuelas y universidades introducen modelos culturalmente ajenos que luego imposibilitan un cambio social desde dentro. Autores más recientes empezaron a analizar cómo el discurso del desarrollo había llegado a tener una posición hegemónica en casi todo el mundo. Mostraron la forma en que conceptos como: Tercer Mundo, pobreza, hambre y enfermedad, habían adquirido una fuerza sin haber recibido un análisis profundo. Entre ellos, uno de los más conocidos y polémicos es el antropólogo colombiano Arturo Escobar. Utilizando el pensamiento de Foucault -especialmente en sus trabajos sobre las relaciones entre conocimiento, discurso y poder-, Escobar demuestra cómo se construyó el concepto del Tercer Mundo como algo homogéneo y sin historia. Esto produjo una nueva relación de autoridad donde los países del Primer Mundo podrían diagnosticar los problemas de éste a través de la técnica. El resultado son unos mecanismos de control igualmente eficaces que los de la época colonial (Escobar, 1995). Muchos han criticado a Escobar por su énfasis en los dos bloques Primer/Tercer Mundo y por no tomar en cuenta el rol de las élites occidentalizadas dentro del segundo. Sin embargo, su trabajo ha sido muy influyente en años recientes. Por otra parte, James Ferguson (1990) demuestra cómo los proyectos y programas de desarrollo extienden el poder y alcance del estado y a la vez despolitizan cuestiones como pobreza, tierra, recursos y trabajo. A la vez que



«El foco vertical III» Lisa Kowalski



ofrecen una explicación de cómo el desarrollo llegó a ser un concepto tan universalmente aceptado y fuera de discusión, muchos autores también comparten con Escobar una confianza en la capacidad de sectores hasta ahora considerados marginales -como los pueblos indígenas o el campesinado-, para ofrecer posibles salidas a nuestra situación actual. Tratando de evitar romanticismos, autores como Gustavo Esteva analizan las alternativas ofrecidas por éstos en distintas partes del mundo. Entonces, la cuestión no es la búsqueda de un camino nuevo, sino de admitir la posibilidad de múltiples caminos.

"Algo que tendríamos que aprender de las sociedades rurales, de su historia, es la forma de existir en la diversidad cultural, la posibilidad de reconocerse, al coincidir en un mismo territorio, sin perder por ello la diversidad. Tendríamos que aprender que un 'sustrato cultural' realmente nacional, sería un sustrato de múltiples 'culturas', no de una sola. Y saber también que cualquier idea totalizadora, 'cultural', técnica, política o ideológica, tiene todas las posibilidades de convertirse en un ejercicio autoritario destructivo y desnacionalizador. Si algo podemos aprender de los campesinos, para que el país subsista, para poder vivir en él de otra manera y para encontrar mejores opciones vitales tanto para los habitantes del campo como para los de la ciudad, es aprender a vivir en la heterogeneidad, en la diversidad, aprender a tener raíces, en una comunidad real que le pertenece a uno y a la que uno pertenece,

abriéndose al mismo tiempo a interacciones con los demás en un mundo efectivo y radicalmente plural" (Esteva,1988, pp. 326-327).

En palabras de Pramod Parajuli, autor nepalés; "Los presupuestos convencionales acerca del desarrollo han llegado a un callejón sin salida. Los nuevos movimientos sociales de mujeres, indígenas y pobres del campo desafían los indicadores estatales de crecimiento y afirman que los nuevos parámetros del desarrollo son las condiciones de vida, la sostenibilidad y la igualdad. Este nuevo punto de vista tiene importantes consecuencias para el paradigma del desarrollo y la posición del Estado sobre el conocimiento, pues los nuevos movimientos sociales expresan una sólida crítica de la ideología del desarrollo. Además, impugnan el papel del Estado-nación custodio de los grupos subordinados. Finalmente, regeneran y rearticulan el conocimiento existente de los grupos subordinados como un sistema válido de pensamiento, que rechaza la idea básica de lo que se entiende por conocimiento y sobre quiénes son los que conocen" (p. 185).

Estas últimas palabras reflejan otro interés de muchos de estos autores críticos con el desarrollo, tal como ha sido conocido hasta la fecha. El discurso del desarrollo, sus instituciones y su práctica están reconocidos como un sistema de conocimiento, que llegando a un punto casi hegemónico, ejercen poder y eliminan cualquier alternativa.





El reto es explorar estas alternativas y reconocerlas como conocimiento válido, como dice Parajuli. Esta idea también se encuentra en el trabajo de Vandana Shiva (1996). Ella no sólo identifica el pensamiento y praxis del desarrollo como un producto de occidente pero a la vez de origen masculino. Para Shiva y otros autores que se podrían llamar ecofeministas, el proyecto desarrollista ejerce una triple dominación sobre los pueblos del Sur, sobre el medio ambiente y sobre las mujeres. También pone mucho énfasis en el conocimiento tradicional y campesino como una alternativa al desarrollismo de los estados. Su interés por el medio ambiente está reflejado en el trabajo de muchos otros autores. Frente a los análisis simplistas de muchas organizaciones de desarrollo -quienes frecuentemente se oponen a los intereses de los pobres- a la conservación del entorno natural. La corriente llamada ecología política (Painter y Dirham, 1995) nos ofrece una visión más compleja de la relación entre el hombre y el medio ambiente, explorando las relaciones de dependencia, la expansión del capitalismo global, la relación entre éste y las economías locales, etc. Un análisis más desde la base social sería lo que Ramachandra Guha (1994) llama el "ecologismo de los pobres". En su esencia éste reconoce la importancia y cuidado de los recursos naturales como fuente de la subsistencia y se opone a algunas tendencias del ecologismo del Norte que aparentemente intenta separar la preservación de las especies de las cuestiones socio-económicas.

En gran medida, estos autores reflejan lo que podemos encontrar en los discursos y praxis de innumerables movimientos sociales y culturales "tradicionales" alrededor del mundo. La literatura etnográfica puede ofrecernos múltiples ejemplos pero también un gran abanico de experiencias en todos los continentes donde se construye o se mantienen prácticas que resisten el modelo dominante y ofrecen pistas de lo que podría ser un mundo de posdesarrollo. A diferencia de los modelos de desarrollo mencionados en este artículo, estos últimos no ofrecen una receta universal. Cada uno está insertado en una lógica cultural y ambiental que impide su transferencia como un paquete a otra realidad. Esto tampoco significa que estas experiencias no aprendan una de la otra o que existan aislados. Lo que tienen en común es su rechazo al proyecto desarrollista tal como lo conocemos. Buscan formas de vivir que permiten satisfacer las necesidades básicas de todos en armonía con el entorno natural. De momento, el conflicto entre estas visiones y la de los estados-nación y organismos internacionales, sólo puede continuar hasta que se derrumbe por completo la máquina poderosa del desarrollismo.

Bibliografía

- Amin, S. (1970). *La acumulación a escala mundial*. México: Siglo XXI.
- Baran, P. (1957). *La economía política del crecimiento*. México: FCE.
- Cardoso, F. H. (1965). *El proceso de desarrollo en América Latina*. Santiago: Ilpes.
- Chambers, R. (1983). *Rural development: putting the last first*. Londres: Longman.
- Dos Santos, T. (1968). *La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Escobar, A. (1995). *Encountering development. The making and unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- Escobar, A. (2001). *The making and unmaking of the Third World through development*. En Rahnema y Bawtree *The post development reader*. Londres: Zed Books.
- Esteva, G., (1988). "Vivir o sobrevivir". En Patterson *Las sociedades rurales hoy*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Ferguson, J. (1990). *The anti-politics machine. Development, depoliticization and bureaucratic power in Lesotho*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Furtado, C. (1964). *Crecimiento económico del Brasil*.
- Guha, R. (1994). "El ecologismo de los pobres", *Ecología Política* 8.
- Gunder F., A. (1967). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Illich, I. (1975). *La sociedad desescolarizada*. Barcelona: Barral Editores.
- Latouche, S. (2001). *Paradoxical growth*. En Rahnema y Bawtree. *The post development reader*. Londres: Zed Books.
- Max-Neef, M. A. (1993). *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Montevideo/Barcelona: Icaria y Nordan Comunidad.
- Painter, M. y Dirham, W. H. (1995). *The social causes of environmental destruction in Latin America*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Parajuli, P. *Poder y conocimiento en el discurso del desarrollo: los nuevos movimientos sociales en el Estado en India*. (Fecha y lugar de publicación desconocido)
- Prebisch, R. (1950). *Centro y periferia. El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*. New York: United Nations.
- Rostow, W.W. (1960). *Las etapas del crecimiento económico*. Buenos Aires: FCE.
- Shiva, V. (1996). *Abrazar la vida*. Madrid: Horas y horas.
- Sweezy, P. (1942). *Teoría del desarrollo capitalista*. México: FCE.
- Tommasoli, M. (2003). *El desarrollo participativo*. Madrid: IEPALA.
- Torres, J. (1994). *La otra cara de la política económica*. Madrid: La Catarata.
- Viola, A. (2000). *Antropología del desarrollo*. Barcelona: Paidós.
- Wallerstein, I. (1969). *La economía capitalista mundial*.